

1932

LA SANJURJADA

EL general Sanjurjo quería tener una calle en Madrid, y entonces organizó la sanjurjada. Entonces se decía sanjurjada como hoy se dice gironazo. Lo primero que quiso organizar Sanjurjo, realmente, fue un gironazo, pero como Girón casi no había nacido (estaba en Valladolid de estudiante y de novio de una colegiala), pues no le entendieron.

Sanjurjo se lo explicó muy bien a Jorge Vigón, Oriol, Onésimo y demás, que ya estaban en el ajo, porque aquí siempre son los mismos con las mismas. Y ellos, como te-

nían menos visión histórica que Sanjurjo, que por algo era general, se lo dijeron claramente.

—Y en lugar de eso del gironazo, que suena tan raro, ¿por qué no organiza usted la sanjurjada, que hace más bonito?

Corría el año de gracia de 1932 y Sanjurjo no se lo pensó dos veces. Entreveía ya su calle, en el plano de los taxistas de Madrid. Una calle afluente a la Castellana, a ser posible, con sus tranvías, sus acacias y sus perros perdidos sin collar. Toda una señora calle.



Y ni corto ni perezoso la lió contra la República el diez de agosto de aquel año, aprovechando que el personal republicano estaba de vacaciones y que, según la fundamentada y científica tesis de todo este número de Hermano Lobo, el verano es estación propicia a los desahogos de la clase terrateniente y aristocrática, a la que Tuñón de Lara añade la clase militar en su análisis histórico de aquellos hechos. Total, nueve muertos en el centro de Madrid.

A Franco le habían ofrecido sumarse, claro, pero Franco tenía sus propios proyectos personales y sus planes para el futuro, dado que era hombre previsor. Eso de la sanjurjada debió parecerle una especie de baile en Capitania con limonada.

Efectivamente, la República se hizo con la situación. Los comunistas pidieron la muerte de Sanjurjo (que fue condenado a tal), pero los socialistas se sumaron a los votos que pedían el perdón. Sanjurjo fue a parar al penal del Dueso, con la esperanza de encontrarse allí al Lute, pero

el Lute, por aquel entonces, era muy respetuoso con los anacronismos y aún no había nacido, o sea que no pudieron hacer una amistad que de todos modos no habrían hecho.

Empero, Sanjurjo se salió con la suya y tiene su calle en Madrid, aunque bien puede decir que su calle ya no es su calle, pues le han quitado los tranvías y cualquier día le quitan los árboles. La efemérides les salió muy bien a los de la sanjurjada, pero al final harían un leve ridículo histórico.

—¿Cómo les parece a ustedes que me ha quedado esta efemérides? —dicen que preguntaba Sanjurjo en Santa Elena a los otros presos, metiéndose la mano en el chaleco como hacía Napoleón cuando quería imitar a Sanjurjo.

La historia ha contestado a esa pregunta.

